

HEBERTO CASTILLO

Presidente del Partido Mexicano de los Trabajadores.

Señor Presidente de la República de Cuba, Comandante Fidel Castro:
Compañeras y compañeros:

Se ha demostrado aquí de manera contundente, lo impagable de la deuda externa de las naciones de la América de Bolívar. No es, sin embargo, ésta la convicción de muchos de sus gobiernos.

A esta reunión plural, histórica, convocada con espíritu de amplitud nunca antes visto, acuden representantes de organismos políticos de diversas tendencias, pero en su inmensa mayoría de la oposición.

Están también ex gobernantes, militares, sacerdotes, masones y empresarios de diversos países, pero hay pocos, aunque muy importantes y destacados, representantes gubernamentales.

Quienes luchamos desde la oposición, tenemos que hacer planteamientos posibles de realizar por nosotros mismos, y no olvidar que la mayoría de los gobiernos de América, no está dispuesta a discutir siquiera la suspensión colectiva del pago de la deuda y de sus intereses, y parece tampoco a acudir a una junta de jefes de Estado, como propuso el presidente del Perú, Alan Gar-

cía: están demasiado atados al Fondo Monetario Internacional.

México, por ejemplo, contra lo que dice su gobierno, no puede pagar su deuda, a menos que comprometa su petróleo en sitio para que las empresas transnacionales lo extraigan y se lo lleven a cuenta del pago.

Hasta ahora, la deuda es de casi 100,000 millones de dólares, el 80% del Producto Interno Bruto.

Cada mexicano, niño o anciano, debe 1,390 dólares. Los intereses anuales, 12,000 millones de dólares, equivalen a 480 millones de barriles de petróleo, es decir, cada día México entrega 1.34 millones de barriles a la Banca Mundial, sólo por intereses, a cambio de nada. Cada cuatro años, México entrega a la Banca Mundial una cantidad de petróleo igual a la que las empresas transnacionales extrajeron del suelo de México de los años 1901 a 1938, cuando el presidente Lázaro Cárdenas expropió la industria petrolera.

Es su tributo al imperio, México, sin petróleo, no podría pagar siquiera los intereses de la deuda, tendría que pedir prestado para hacerlo y ése es el caso de la mayoría de las naciones que no tienen petróleo.

La deuda externa no es la enfermedad de nuestros pueblos, sino el síntoma. Se origina por lo inequitativo de los términos del intercambio comercial, que nos obliga a vender materias primas baratas y a comprar productos elaborados caros. Además, las inversiones extranjeras han descapitalizado a nuestros países.

En México, en los últimos 22 años, por cada nuevo dólar invertido al año, salen, en regalías, utilidades y otros conceptos, 2.60 dólares.

Un resultado dramático de semejante expropiación ha sido la disminución sistemática del poder adquisitivo del salario. En los últimos seis años, ha perdido el 60%. En los salarios, hemos regresado a los niveles de 1964.

Lo mismo ocurre, en términos generales, en el resto de los países de la América de Bolívar. Por ello, el hambre y la miseria azotan la región.

En nuestros países subdesarrollados, con la sola y extraordinaria excepción de la Cuba revolucionaria, se están

criando niños con alto grado de desnutrición que crecen, no sólo con mermas notables en sus tallas, sino también con graves limitaciones en su desarrollo cerebral. Se reproduce así nuestra especie, a través de seres capacitados sólo para desarrollar trabajos manuales debido a su deficiencia mental.

Nuestra especie está en peligro. La negra profecía de Aldous Huxley asoma en el futuro. Los seres gamma no son ya ficción. Es urgente mejorar las condiciones de vida de nuestros pueblos, ahora el nudo a romper para avanzar en esa dirección, es la deuda externa, injusta, inmoral que nos agobia. Hay que lograr la suspensión colectiva del pago de la deuda y sus intereses para usar esos recursos en beneficio del pueblo latinoamericano.

La suspensión individual de la deuda no es solución; la nación que tome ese camino aisladamente, sufrirá agresiones económicas sin límites, y los gobiernos que ahora declaran que pagarán la deuda acabarán, a la postre, confesando su insolvencia y de todos modos dejarán de pagar lo quieran o no.

La suspensión colectiva de la deuda hará que el daño que sufran nuestras economías sea menor al que padecerán si los gobiernos se aferran a la idea de cumplir los compromisos contraídos y llegan fatalmente, como tendrá que suceder, a declararse insolventes.

La suspensión colectiva es, además, el primer paso para resolver el problema de raíz, para cambiar el orden económico internacional, única alternativa para que dentro de 20 años la Tierra no esté poblada por una mayoría de seres hambrientos y desnutridos.

Los participantes en este encuentro deberemos luchar en nuestros países porque la propuesta de Cuba, la del Presidente Fidel Castro, se haga realidad. Hay quienes dicen que lograr que Estados Unidos reduzca sus gastos de guerra para pagar la deuda de los países pobres es utópico. Olvidan tal vez que esa alternativa puede mover conciencias, ya las ha movido, esta reunión es una muestra de ello. Es posible, en efecto, promover la acción de los grupos pacifistas y ecologistas para que luchen

por el desarme y por la defensa del medio ambiente, exigiendo la disminución de los gastos de guerra y proponiendo que éstos se destinen a liberar a las naciones pobres de la carga de la deuda.

La lucha por la paz y por la conservación del medio ambiente, puede y debe desarrollarse ligada a la lucha por la liberación económica de los pueblos del Tercer Mundo, que ya dan, desde muy diversas trincheras nuestros partidos y organizaciones sociales, liberación económica que, por otro lado, es indispensable para garantizar la conservación de la especie.

La suspensión colectiva de la deuda permitirá, por otra parte, avanzar en la conquista de un ideal largamente buscado, ampliar las relaciones comerciales entre nuestras naciones hasta lograr el mercado común del Tercer Mundo y romper así la triangulación de que hasta ahora han sido víctimas nuestros países, gracias, básicamente, a que es el dólar, la moneda universal de intercambio caminaremos en esa dirección, empero, si no logramos que los gobiernos de nuestra América negocien colectivamente su deuda con los países acreedores, para alcanzar su cancelación y para modificar el Orden Económico Internacional.

Vayamos todos, políticos, académicos, religiosos, empresarios y estudiantes, a nuestros países, para desde nuestras múltiples y diversas trincheras, luchar tenazmente por alcanzar estos objetivos.